

«Homo homini lupus»

A propósito de la xenofobia

Hugo F. Bauzá *

La amnesia histórica de Europa

HOMO homini lupus, «el hombre es un lobo para el hombre», reza un viejo adagio latino que Plauto recoge, con una leve variante —*lupus est homo homini*— en una de sus piezas más conocidas (*Asinaria*, 495).

Esa fórmula dos veces milenaria entraña una actitud para con el semejante que, sin duda, debe de ser tan antigua como el hombre mismo y que en el Occidente «civilizado» perdura, no obstante dos milenios de difusión de la caridad cristiana.

La alusión a ese refrán, que con crudeza pone al descubierto un aspecto sombrío de la condición humana, viene a cuento a propósito de la

* Profesor en la Universidad de Buenos Aires (Argentina).

xenofobia que parece querer enseñorearse por doquier en diversos estados del continente europeo.

No nos referimos a un hecho concreto como pueda serlo la reaparición de grupos de inadaptados sociales que meses atrás, en Alemania, han vuelto a dar siniestras muestras de intolerancia racial, o a otros ejemplos —tristes también— relacionados con discriminaciones ideológicas, sino a la xenofobia, entendiendo por tal el «odio, repugnancia u hostilidad hacia los extranjeros», según explica el *Diccionario de la Real Academia Española*.

La construcción de la Comunidad Europea por un lado comporta aspectos loables tales como la ayuda, la reciprocidad o la cooperación entre los Estados que constituyen esa comunidad, pero por el otro esa delicada arquitectura política exige a esos mismos países la puesta en marcha de un número de medidas que van transformando la entidad a la que pertenecen en una fortaleza impenetrable.

Esos «Estados Unidos de Europa» se están orquestando de tal modo que en muchas circunstancias hacen caso omiso de lo que acaece a su alrededor, como si el mundo situado fuera del ámbito europeo no les incumbiera en absoluto.

Muchos de esos estados que otrora desempeñaron un rol decisivo en el destino africano —pensamos, por ejemplo, en Bélgica, Holanda o Portugal— son hoy casi insensibles a la tragedia de muchos países del continente negro, que desesperadamente se esfuerzan por subsistir luchando contra el hambre, la miseria y las enfermedades.

El hecho de que día a día los estados europeos pongan todo tipo de obstáculos a las oleadas migratorias de africanos —en varias ocasiones somalíes, magrebíes e incluso surafricanos han sido rechazados con violencia cuando intentaban penetrar clandestinamente en Europa—, por no aludir al luctuoso episodio de los albaneses que trataron de refugiarse en Italia, o al de numerosos latinoamericanos —en especial peruanos— que han sido deportados por no llevar determinada cantidad de dinero, no sólo muestra insensibilidad ante el drama de un sector desesperado de la población, sino también cierta cuota de *deliberada amnesia histórica*.

Conviene tener presente que muchos millares de personas de algunos países que hoy integran esa comunidad —pienso principalmente en los casos de España e Italia—, en momentos difíciles y económicamente afligentes para el Viejo Mundo, emprendieron el camino de las migraciones.

Esos países, cuyos hijos conocieron el tormento de lo que hoy llamamos el «exilio económico», deberían hacerse eco del sufrimiento de los

inmigrantes desvalidos. En ese aspecto es preciso recordar que muchos de los países de la hoy económicamente castigada América Latina son ejemplos loables de comunidades políticas que acogieron, sin atender a credos ni a nacionalidades, a numerosas oleadas de inmigrantes carentes de recursos.

El flagelo de la desocupación, que por desgracia en el mundo se acrecienta día a día, hace que los países desarrollados desde el punto de vista económico —es decir, los del Norte— se atrincheren de tal manera que no asistan en la medida de lo posible y necesario a los que no lo estén —i.e., los del Sur— con lo que el abismo que separa a unos de otros se vuelve cada vez más insalvable.

De la xenofobia al racismo

HOY el mundo civilizado se cierra cada vez más ante el avance de gente de los países pobres que huyendo de la miseria, del hambre y de las enfermedades pretende alcanzar la «salvación» en los llamados países ricos, *como si ésa fuera la solución del problema.*

Pero el avance es paulatino, silencioso, sin tregua y se da a pesar de las medidas cada vez más restrictivas que los diferentes gobiernos adoptan frente a esas masas migratorias. Ocurre algo similar a lo que sucedía en el Imperio Romano tal como nos lo explica el historiador Tácito en su *Germania* cuando nos ilustra sobre pueblos que *mutare sedes quaerebant* «buscaban cambiar de residencia», a los que los romanos intentaban detener oponiéndoles —infructuosamente, por cierto— un *limes* «una frontera fortificada» y una *lex* «ley» que restringía su ingreso.

Hace unos meses Tahar Ben Jelloun —premio Goncourt de novela en 1987—, al ocuparse del drama de los inmigrantes en la Europa actual y del temor de sus habitantes de que aquellos les ocupen los puestos de trabajo, refirió que toda vez que la policía detiene a algún inmigrante clandestino, lo extraño es la manera con que ciertos medios de información exponen los hechos y, de ese modo, deforman la verdad. El novelista subraya que del relato de ese tipo de acontecimientos lo sustancial del mensaje parece ser: «Mirad qué bien trabaja la policía, vela por vuestra seguridad, protege vuestro puesto de trabajo, el Sur no logrará invadir el Norte» (*El País*, 16-IX-92), como si se tratara de vencidos y vencedores; con lo que, quizá sin

que se lo propongan de manera consciente, dan pábulo a la xenofobia y, con ella, al racismo y a otras temibles formas de intolerancia social.

Un perfil de lo humano —el del sentimiento— nos enseña que las cosas deben ser vistas no sólo desde el ángulo exclusivo de la razón, sino también desde la óptica de la solidaridad que debe surgir ante la aflicción del semejante.

Preocupa que en el ocaso de un milenio en que el hombre ha dado muestras de un notorio progreso en materia técnico-científica, aún no se haya logrado erradicar ciertas formas de intolerancia tales como la xenofobia.

Del helenocentrismo al eurocentrismo

DE modo contrario a lo que se cree a primera vista, la xenofobia no es una actitud exclusiva de la modernidad sino que tiene, en el marco de la historia europea, carta de ciudadanía desde hace más de dos milenios. Y, aunque sorprenda, este *modus operandi* respecto del extranjero parece haber sido acuñado entre los griegos, paradójicamente por obra de un pueblo del que celebramos la armoniosa orquestación de su *polis*, el humanismo de su *paideía* y, entre otras cosas, la exaltación que hicieron de la *areté* «virtud». Incluso la palabra xenofobia que hoy usamos con frecuencia es también griega, aun cuando corresponda referir que las actitudes xenofóbicas deben de ser tan antiguas como el hombre mismo.

Con todo hay que destacar que cuando aludimos al término xenofobia a propósito de los griegos no debemos pensar en la idea de racismo —que es una penosa invención moderna—, sino simplemente del odio o del desprecio contra el extranjero. El desdén de los griegos por los bárbaros no atañe a una distinción de carácter genético, sino sólo a diferentes pautas de comportamiento. En ese orden, para el pensamiento griego, que es helenocéntrico a ultranza, cualquier «bárbaro», mediante la educación, estaba en condiciones de helenizarse y, de ese modo, al incorporarse a su cultura, abandonar el estado de barbarie. Ahí radica precisamente el *quid* de su *paideía* y, por cierto, uno de los aspectos más sugestivos de la cosmovisión de ese pueblo (1).

(1) Sobre ese particular C. García Gual nos brinda sugerencias muy sutiles en el artículo «La utilidad de los bárbaros», aparecido en *Claves*.

La mitología griega, a través de numerosas leyendas, recoge también la actitud hostil de diversos pueblos con respecto a los extranjeros. Así, por ejemplo, Apolodoro cuenta cómo en Egipto, debido a una *aphoria* «escasez» que había hostigado durante nueve años a ese pueblo, sus habitantes consultaron a un adivino llegado de Chipre quien refirió que «cesaría la esterilidad si cada año se sacrificaba un extranjero a Zeus» (2). Agrega que Busiris, tras sacrificar al adivino continuó con los extranjeros que llegaban y que también Heracles fue apresado, pero que cuando fue llevado al altar, después de romper las ligaduras con que lo sujetaban dio muerte a Busiris.

De igual modo Píndaro en una de sus composiciones (3) evoca que ese mítico héroe lucha con Anteo para impedir «que coronara el templo de Posidón con cráneos de extranjeros», y es también el mismo Heracles quien para Macronio transforma un primitivo rito sangriento por uno de otro carácter, que los dioses aceptaron en sustitución.

La leyenda de Heracles por un lado nos presenta el perfil colonizador y culturalizante de este héroe singular, pero por el otro nos muestra la actitud hostil mantenida por diferentes pueblos de la antigüedad respecto del extranjero, del que es diferente, del Otro, en suma.

Esa hostilidad no ha sido, por cierto, privativa de los antiguos sino que ha perdurado a lo largo de la historia y perdura en la modernidad. Los *scholars* que se han ocupado en estudiar estos extraños comportamientos sociales hablan hoy del «síndrome de Marco Polo», que consiste precisamente en considerar lo diferente como portador de gérmenes nocivos; en ese aspecto lo que otrora fue el helenocentrismo —con las mezquindades y errores que ello implicaba— desde el descubrimiento de América parece haberse convertido en eurocentrismo.

Un somero análisis del término *bárbaros* con el significado de «extranjero» en primera instancia —por oposición a heleno—, y más tarde «bárbaro, salvaje», nos da la pauta no sólo de la mutación semántica de ese vocablo, sino también de la manera despectiva como los griegos juzgaron a los pueblos que no pertenecían al marco lingüístico y cultural de la Hélade.

Edith Hall en un lúcido ensayo —*Inventing the Barbarian. Greek Self-*

(2) *Biblioteca*, II 15, 11 = II 9, 11 en la edición de M. Rodríguez de Sepúlveda, por la que cito, Madrid, B.C.G., 1985, p. 116.

(3) *Istmica* IV 51/61.

Definition through Tragedy (4)— explica que fueron las guerras médicas —i.e., las de los persas contra los griegos— las que establecieron una escisión insalvable entre griegos e invasores, y también agrega la estudiosa que fue en el marco doctrinario de esa época —siglo V a. C.— donde se consolidó la idea de superioridad de lo griego frente a lo no-griego, es decir, frente a lo bárbaro. Y como el pueblo helénico se jactó de su *sophrosyne*, de su racionalidad y del equilibrio de su pensamiento, todo lo no-helénico pasó a ser, en consecuencia, lo salvaje, lo irracional, lo inconfigurado; lo bárbaro, en suma.

Con motivo de la victoria de los griegos frente a los medos en Salamina y en Platea, Esquilo, en una obra que estrenaría pocos años más tarde —nos referimos a *Los persas*—, utiliza varias veces el término bárbaro no ya con el sentido originario de extranjero, sino en forma despectiva, en alusión a los invasores, y es a partir de esa circunstancia cuando tal vocablo se carga semánticamente de una connotación negativa. Pesa también en ese aspecto de significación el hecho de que el bárbaro es el Otro, no sólo el que maneja otra lengua, sino —y principalmente— el que pertenece a otro *éthnos*, a otra comunidad cultural.

A ese Otro sentido como diferente, el aspecto irracional del *zôon politikón* «animal político, cívico» que es el hombre, le opone resistencia. En esa dimensión —y dejando de lado el otro perfil, el que muestra al ser humano como el único *zôon* poseedor de *lógos*— el hombre parece comportarse simplemente como ciertos animales que manifiestan una ávida desconfianza frente al extraño.

Los científicos que han investigado el comportamiento de ciertas especies han observado que éstas circunscriben determinadas zonas como propias y que si los otros, es decir, los que no pertenecen a su pequeño grupo, se atreven a traspasar esas fronteras, «caprichosas» a nuestros ojos, se ven expuestos a diversos riesgos que muchas veces llegan hasta la misma muerte.

Ese comportamiento se aprecia también en el rechazo que algunos animales experimentan frente a otros de la misma especie, que sólo son diferentes por alguna marca distintiva, así, por ejemplo, lo que ocurre en algunos animales con los ejemplares albinos que, naturalmente, escapan de la coloración mayoritaria del conjunto.

(4) Oxford, Clarendon Press, 1989.

Dicotomía xenófoba

EL aspecto «irracional» del hombre lo lleva a adoptar frente al Otro, frente al extranjero, frente al que no pertenece a su propio grupo cultural o étnico, una actitud si no de rechazo, al menos de desconfianza. En tal comportamiento se aprecia naturalmente una determinada cuota de xenofobia que se ve agravada cuando, por otro tipo de razones —económicas, políticas, socio-culturales, religiosas—, esa desconfianza e incluso rechazo dejan de ser inconscientes y pasan a ser deliberados.

El rechazo del Otro, la no aceptación de la «otredad», implica la petulancia de no admitir la diversidad cultural. En ese aspecto es aleccionador el pensamiento de Lévi-Strauss cuando dice: «On refuse d'admettre le fait même de la diversité culturelle, on préfère rejeter hors de la culture, dans la nature, tout ce qui ne se conforme pas à la norme sous laquelle on vit» (5).

La historia nos advierte también que ese afán xenofóbico discrimina de igual modo el espacio escindiéndolo en dos ámbitos concebidos metafísicamente como diferentes: la *chóra* y la *eschatíe*. El primero era para los griegos un espacio de tierra limitado; el segundo, en cambio, uno indefinido, extremo. Los helenos aplicaron este último término a todo lo que estaba al margen de su cultura y que, en consecuencia, consideraban inferior. Con todo, conviene tener presente —por ejemplo a través del citado mito de Heracles— que este héroe en cumplimiento de sus trabajos, desde la lente griega, civiliza la *eschatíe*, es decir, culturaliza lo no-griego en tanto que lo adscribe al marco de esa cultura; de ese modo, a través del «milagro» de la *paideía* griega, se asiste una vez más a la transformación del *cháos* «lo inconfigurado», en *kósmos* «lo armonioso».

Esa concepción bipolar de los helenos sirve para ilustrar a nuestra cultura moderna del peligro que implica simplificar dicotómicamente la realidad. No es posible trabajar hoy con binomios simplistas tales como civilizados/bárbaros; invasores/dominados; desarrollados/subdesarrollados, blancos/negros, norte/sur. Esa dicotomía encierra el peligro de que una de las partes albergue secretamente el intento de eliminar a la otra tal como siniestramente han puesto de manifiesto diversas políticas genoci-

(5) *Race et histoire*, París, 1961, p. 20.

das que han operado en el marco de la historia y cuyas secuelas aún peduran. *Es preciso —y urge— escapar de ese reduccionismo pernicioso.*

Exotopía «versus» etnocentrismo

LOS antropólogos han puesto de manifiesto la existencia de pueblos atentos a otros valores y a otras pautas de vida. También la psicología nos ha alertado respecto del relativismo a que están expuestos los juicios de valor. Es menester la aceptación y el natural respeto que merece el Otro; es preciso tener en cuenta que no aceptar lo diferente es, sin lugar a dudas, el primer paso hacia su exterminio.

En esa lente enfermiza el Otro no es el semejante sino, por el contrario, el enemigo; tal, por ejemplo, lo que también nos alecciona con claridad la mutación semántica que se dio en el término latino *hostis* «extranjero» que devino con el tiempo «enemigo», preferentemente en el campo bélico y del que procede nuestro adjetivo *hostil*.

La publicación de la monumental obra del antropólogo escocés Frazer —*La rama dorada* (6)—, no sólo funda las bases de la etnología comparada, sino que abre una vía de comprensión que nos alerta sobre el hecho de que no todos los pueblos poseen la misma manera de categorizar la realidad; nos percatamos así de un relativismo que es preciso tener en cuenta a la hora de ocuparnos de culturas que se nos ofrecen como diferentes de las nuestras.

En los albores del siglo XXI en que la humanidad parece haber tenido conciencia de la necesidad de establecer un diálogo entre las culturas —varias veces lo intentó la UNESCO, por ejemplo— y de solucionar por las vías del entendimiento los conflictos entre las naciones y entre diferentes grupos étnicos, se impone el reconocimiento, la aceptación y el respeto hacia el Otro.

Todavía parece pesar sobre la mirada del hombre europeo —que es absolutamente excluyente de lo que no es eurocéntrico— el primitivo pensamiento de Lucien Lévy-Bruhl sobre el hombre salvaje.

Este sociólogo refirió que el pensamiento del hombre primitivo estaba dotado de una serie de cualidades o categorías formarles que lo hacían

(6) *The Golden Bough*. La primera publicación, en dos volúmenes, apareció en 1890; la edición monumental en 12 volúmenes apareció entre los años 1907 y 1914.

diferente del hombre civilizado; de ese modo atribuyó a los coetáneos «primitivos» la noción de un pensamiento pre-lógico y místico, en oposición al pensamiento racional y objetivo del hombre civilizado —como si éste siempre pensara racionalmente!—, tal como puede verse en sus primeros tratados (especialmente en *Les Fonctions mentales dans les sociétés inférieures* —1910— y en *La Mentalité primitive* —1922).

Sus ideas —de las que luego abjuró al final de su vida, tal como se aprecia en sus *Cahiers* aparecidos póstumamente, en 1949—, preconizaban la superioridad del pensamiento occidental —i.e. el europeo— y de ese modo justificaron y favorecieron el colonialismo europeo.

Una vez más reiteramos la necesidad de considerar a las minorías, a lo diferente, al Otro. Recientemente Tzvetan Todorov en los diversos ensayos que componen el volumen *Nous et les autres. La réflexion française sur la diversité humaine* (7), en el que indaga el vínculo entre la diversidad de pueblos y la unidad de la especie humana, propone la exaltación del Otro, para lo que tiene en cuenta la noción de *exotopía*, que hoy los sociólogos han puesto de moda.

En ese orden insta a comprender vitalmente al Otro para, de ese modo, superar todo tipo de etnocentrismo.

Se precisa la comprensión, la tolerancia, el respeto por el Otro ser humano que, mal que nos pese, es nuestro semejante. La historia no debe seguir construyéndose por medio de la fuerza, sino mediante la razón. No porque las circunstancias de la historia parezcan así —*sabemos que la historia la escriben los vencedores*— hay que admitir que deban ser así. Hay que desterrar toda ética que valore los hechos por su éxito o por su fracaso —esa ética es *naturaliter* anti-ética—; la ética debe tener como imperativo el deber ser.

Frente a los africanos, suramericanos y emigrantes de la Europa oriental que día a día van penetrando en la otra mitad de Europa —la occidental, la económicamente mejor desarrollada— existe por un lado un temor consciente representado por el avance de pueblos carenciados que buscan mejores condiciones de vida; pero por el otro, se da también un temor profundo, inconsciente, muchas veces ignorado, no captado por el hombre común, sino sólo vislumbrado por los grandes pensadores y expresado por algunos poetas. Tal lo que Paul le Fèbre —dit Paul Géraudy— consignó crudamente en su poema *Los tontos* cuando al referirse a los

(7) París, E. du Seuil, 1989.

Otros dice: «Sobre todo los detesto por lo que encuentro en ellos parecido a mí».

Según advierte otro poema —C.P.F. Cavafis— en el sugestivo e *inquietante* poema *Esperando a los bárbaros*, que compuso en el año 1904, es decir, poco antes de la I Guerra Mundial, el drama de los pueblos «civilizados» parece consistir en que aguardando *inútilmente* a los bárbaros, comienzan ellos mismos a barbarizarse, tal como se aprecia en la visión de angustia y desconcierto con que se clausura este carmen que ya ha alcanzado la jerarquía de los clásicos:

*«Porque se hizo de noche y los bárbaros no llegaron
algunos han venido de las fronteras
y contado que los bárbaros no existen.
¿Y qué va a ser de nosotros ahora sin bárbaros?
Esta gente, al fin y al cabo, era una solución»* (8).

Hoy, que los pueblos «civilizados» —vale decir, los económicamente desarrollados— advierten en el horizonte la presencia de «supuestos» bárbaros —*i.e.*, los económicamente no desarrollados—, es menester que, alertados de esa diferencia cuantitativa y no cualitativa, la actitud sea de ayuda, de respeto y de tolerancia con el semejante.

En la lucha por la libertad, por la igualdad de derechos y por el logro de conquistas sociales, es preciso también solidarizarse con los pueblos que hoy son pobres y, de ese modo, entre otras cosas, acallar un poco el incómodo eco del adagio latino: *homo homini lupus*.

(8) Trad. de Pedro Bádenas de la Peña, en C. P. Cavafis, *Poesía completa*, Madrid, Alianza, 1987, pp. 107/108.